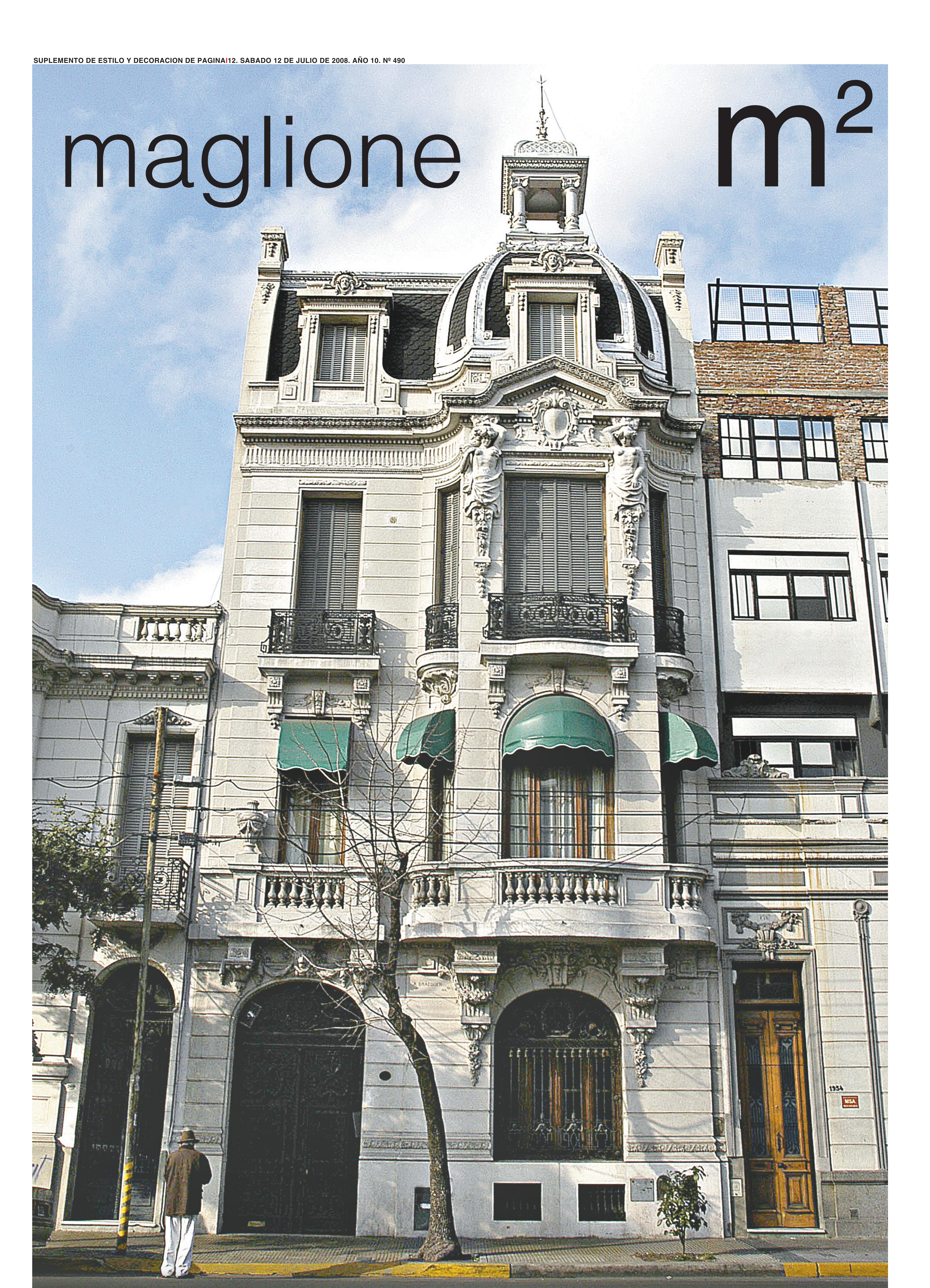
SUPLEMENTO DE ESTILO Y DECORACION DE PAGINA|12. SABADO 12 DE JULIO DE 2008. AÑO 10. Nº 490



Guadalupe Lombardo

Una tarea

Un italiano que restaura el palacete francés de otro italia
Y que para rematarla se presenta a la Legislatura y

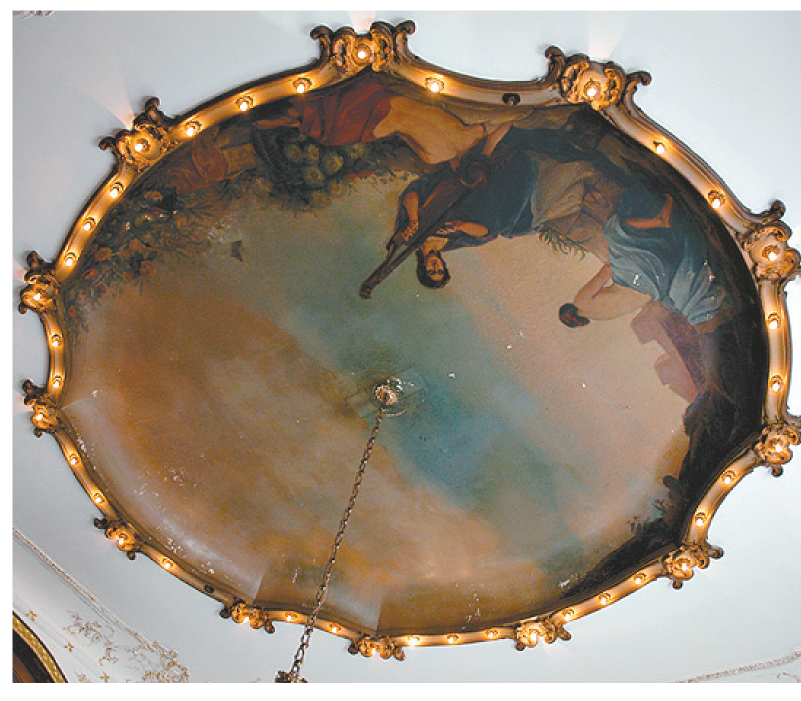


POR SERGIO KIERNAN

Este país es tan raro que a veces parece que todo lo hicieron los italianos. Se sabe que lo fundaron españoles y es evidente que todos hablamos algo así como español, aunque los españoles lo duden. Pero desde el acento hasta la monomanía por la pasta, los argentinos *siamo tutti italiani*. Ahora resulta que hasta los palacios franceses de Buenos Aires pueden tener orígenes italianos, algo perfectamente explicable cuando se pasan cinco minutos con Antonio Maglione, un italiano que no se construyó un *hotel de ville* porque se restauró uno notable. Y que se transformó en el primer ser humano de este país en pedir que cataloguen como patrimonio un edificio de su propiedad.

La historia, como corresponde, es de amor. Maglione es un diplomático muy viajado que acaba de cumplir los cincuenta y tiene una lealtad inmutable a su Cassino natal, un pueblo que queda justo al lado del monasterio de Monte Cassino, donde los alemanes se atrincheraron en 1944. Maglione tiene una larga historia personal con la Argentina, de esas de parientes perdidos y encontrados, y terminó instalado entre nosotros hace exactamente diez años, aunque parece que tiene una sucursal en Colombia.

En estos años, Maglione fundó familia joven y por completa casualidad terminó cuidando un palacete maltratado con ese descaso tan argentino que él, con cortesía, hace como que no ve. Una noche, unos amigos lo llevaron a un restaurante en pleno borde entre Barracas y Constitución, sobre la avenida Entre Ríos. Comieron y el huésped italiano pidió caminar un poco, atraído por el cementerio de edificios de primera agua que es ese barrio. Era temprano y Maglione se encontró mirando fascinado un espectacular edificio de cuatro pisos más mirador, sucio y caidazo, en el 1948 de la avenida. Un señor, comedido y medio en sorna, le explicó que estaba en venta. El italiano sorprendió a todos y preguntó a quién había que llamar. Al día siguiente lo visitaba y en cosa de días lo compraba.



El espectacular clavo que se acababa de autoinfligir el diplomático –diagnosticado como “loco” por todos sus amigos– era una suerte de inquilinato informal, depósito y garaje que por muchos años alojó oficinas de La Fraternidad. Los ferroviarios habían poblado todo de entrepisos y hormigones, los dueños siguientes descuidaron el edificio hasta el borde del colapso, alguno de los dos –no se sabe exactamente– había destruido el jardín de ensueño para hacer un galpón. Para dar una idea de lo que se encontró, Maglione cuenta que lo primero que hizo fue fumigar y los vecinos salían a sacar fotos de las masas vivientes de cucarachas que huían de los recovecos. Nadie nunca había visto cosa semejante.

Lo que los porteños agradecidos pueden ver hoy se parece más al original, la residencia de la familia Badino, una numerosa tribu de genoveses molineros que prácticamente se habían comprado toda la manzana. El edificio al lado del palacio –en la foto de tapa, a la izquierda– alojaba directivos y empleados del molino familiar, que sigue desactivado con sus ladrillos rojos en la esquina que da a Solís. También tenían el jardín sobre el pulmón de manzana y un club justo atrás de su casa, según parece la sede original del Hindú, ya que varios de los Badino porteños eran muy deportistas. Originalmente, el palacio tenía una tribuna que permitía ver los partidos desde casa y un pasadizo por el que Don Badino iba a su molino sin pisar la calle.

El palacio fue construido entre 1920 y 1926, tiene 29 ambientes en su configuración actual, fue erigido por la empresa de A.C. Bollini y es un triunfo del eclecticismo más guapetón del ingeniero Braegger. Es un caserón muy empacado, desmesurado, con bastante juego y capaz de alojar sin que nadie se pise a un familión. Lo que se llama en la juerga de hoy cumplir perfectamente un programa.

El frente es impecablemente francés, con una entrada para autos, un ambiente al frente muy formal y con una reja envidiable, dos pisos con balcones franceses –el primero con balustres, el segundo con herrería– y un tercero en mansarda. Arriba está ese maravilloso objeto que es el mirador, que resulta una confección de zinguería con pararrayos incluido, montado sobre una base de albañilería.

La planta baja tiene una distribución que implica que nadie estaba contando los metros con mucho cuidado. Buena parte del terreno se va en una entrada para autos gloriosa, con pilastras y columnas, y nada menos que *tres* entradas a la casa. Al final, una puerta de herrería en eje con la de entrada abre paso al patio interno, que antaño daba al jardín y hoy ventila cocinas, habitaciones y galpón. Al que entrara caminando se lo despachaba según su status o intenciones a alguna de las tres entradas: las visitas de rumbo a la primera, la familia a la segunda, los proveedores a la tercera. Como corresponde a una casa de semejante fuste, hay dos circulaciones verticales, una atrás con una escalera más familiera e íntima, otra adelante que es espectacular. A ésta se accede desde la primera entrada, una vidriería francesa de maderas que deja pasar a un hall. A la derecha hay un recibidor muy paquete y formal, a la izquierda una colección de maderas, bronces y vidrios al bisel que da entrada a la casa, y



La casa Badino, hoy Palacio Maglione
de planta baja (arriba), un vitral exquis
primer piso y, en el mismo nivel, un ha
hermanos Adams (arriba a la izquierda
de las esculturas del frente; a la derec
la descocada esfinge de las escaleras





a de amor

no, pese a los argentinos que le dicen que es imposible.
 pide que lo transformen en patrimonio catalogado.

Fotos: Guadalupe Lombardo



, contiene tesoros como el recibidor
ito, un fresco en el cielorraso del
ll que parece inspirado por los
). Abajo, el hermoso mirador y una
ha la vieja cocina, hoy biblioteca, y

enfrente una reja francesa de primera agua sobre infinitos escalones de mármol travertino. Quien levante la vista verá que la escalera genera una elipse deliciosa, digna del siglo XVIII, y el espacio vertical, de tres altísimos pisos, remata en una



cúpula interna con un vitral de todos los colores. Y quien baje la vista será recompensado con una escultura de travertino de una esfinge descocada, de pechos al aire y garras de león.

El primer piso era el social de la familia y hoy debe ser el estudio de abogados más espectacular del país. Los Badino eran italianamente familieros y todo el piso se va en lugares para estar juntos. Adelante, un estar de ensueño, con pinturas en el techo, pilastras, columnas, pesados ornamentos. Atrás, una serie de comedores, *fumoir*, jardín de invierno y lo que era una cocina titánica y hoy es una biblioteca. La joya de este nivel de chimeneas, mamparas avitraladas y bosques enteros de Eslavonia es el hall distribuidor, una suerte de ejercicio en el estilo de los hermanos Adams, con bóvedas cortas, encofrados con lamparitas embutidas, pilastras de mármol y unas mascaritas sonrientes que alegran el corazón.

El segundo piso era y es una vivienda íntima, una secuencia de dormitorios y estares íntimos donde hoy pasan la vida cotidiana los Maglione, que adaptaron hasta una cocina y un *rec-room.* En medio de todos estos espacios queda un testigo de lo que debe haber sido la batalla para reparar el edificio. Es el baño de la señora Badino, un ambiente romano revestido en siete tipos de mármol, de los que ni en Italia ya se consiguen, que fue saqueado de sus artefactos y sus bronces, y espera un experto para ser desarmado con cuidado.

La casa sigue en la pequeña bohardilla, que aloja algunos pocos ambientes en el frente y protege una enorme terraza de las de baldosa roja y baranda de metal. El trabajo de restauración comenzó, obviamente, en este nivel, asegurando los techos, restaurando las cañerías verticales y afirmando la cupuleta del mirador. Mágicamente, la casa no tenía ningún problema serio de estructura, un testimonio de cómo se hacían las cosas hace un siglo.

Maglione tiene un rico anecdotario de la patriada que fue poner en valor la casona, que empieza por la cantidad de veces que profesionales del rubro le dijeron "es imposible" y "lo picamos y hacemos un cielorraso nuevo", y "lo sacamos y hacemos un entrepiso". El italiano cuenta que simplemente decía "no" y buscaba hasta encontrar alguien que supiera hacerlo o al menos obedeciera sus pedidos, y se complace señalando bellezas notables de su casa que habían sido descartadas como imposibles. Por ejemplo, las muchas tiras de lamparitas en miniatura, evidentemente una pasión de los Badino, que implicaron un trabajo de detective para encontrar sus circuitos, cambiar los cables y reemplazar portalámparas y lámparas. O las muchas yeserías que sonríen airosas e iban a ser alisadas por profesionales va-



gonetas o facilistas. Lo que no dio ningún problema es uno de los objetos más maravillosos del edificio: el perfecto ascensor. Resulta que el aparato es francés, de la marca que todavía te lleva en la Torre Eiffel y fue traído en persona por un Badino desde París. El técnico que le recomendaron a Maglione resultó ser un veterano de muchos años que lo reconoció de inmediato y lo dejó a nuevo en el día: sólo necesitaba un cableado nuevo y exactamente una barra de repuesto.

Todo este *lavoro* termina explicando por qué Maglione es la primera persona en presentarse a la Legislatura porteña para pedir que le cataloguen su casa. Simplemente, al hombre le enferma la idea de que algún día, después de tanto trabajo, venga alguno y le demuela la casa. Por suerte para Buenos Aires, todavía hay gente así, nacional e importada. Maglione salvó una casa única, bellísima, y hasta quiere volver a construir el jardín –que tenía hasta una gruta– siguiendo una magnífica foto que consiguió de una Badino ya anciana.

La Legislatura le abrió los brazos y ya votó la protección de lo que llaman el Palacio Maglione. Ciertamente le debemos una a este señor.





POR LUJAN CAMBARIERE

CON NOMBRE PROPIO

Pinta tu aldea

A través de la técnica del stencil, artistas y pobladores de un barrio periférico de San Pablo ensayan, desde el proyecto *Jamac*, un conjuro contra la exclusión y la marginalidad.



Quienes gustan del stencil (porque en esto es cierto lo de tener habilitada o no la mirada para percibirlos en la calle) sin dudas les acreditan muchas virtudes. En principio, la posibilidad expresiva que proponen desde una técnica sumamente económica (un aerosol y una plantilla recortada construida con viejas radiografías), además de otras cualidades como ser sumamente atractivos, provocadores, democráticos, seriados, instantáneos, generalmente anónimos y nacidos de prácticas colectivas. En tiempos de contaminación visual abrumadora, además, ellos permiten que muchos alcen sus manos y tomen las paredes por asalto, imprimiéndoles de la forma más directa y sencilla su impronta. Así lo entienden desde el *Jamac*, *Jardim Miriam Arte Clube*, un espacio donde un grupo de artistas, diseñadores y stencileros, junto a los vecinos del barrio, se ocupan de aplicarlos en todo lo que pueden. Paredes, muros de escuelas, plazas, contenedores de basura y, sobre todo, los interiores y exteriores de las propias viviendas donde artistas y moradores son los protagonistas de un cambio producido a través de estas intervenciones artísticas. Un trabajo mancomunado que busca a través del debate y el arte (suman otras actividades políticas y culturales como el café filosófico, donde cada sábado invitan distintos profesionales, sociólogos, científicos, antropólogos) en pos de mejorar la calidad de vida de uno de los barrios de la periferia sur de San Pablo más densamente poblados, violentos y marginales. La mentora de este espacio en una ciudad donde, como sucede en Buenos Aires, esta rama del *street art* ostenta a algunos de los más destacados exponentes internacionales, es la pintora Mónica Nador, quien amplía para **m2** junto a su mano derecha, uno de los miembros más jóvenes y activos, además de un talentoso stencilero por el que conocimos el proyecto, Paulo Meira, la original iniciativa.

Beleza pura y renda

Artista de la generación de los ‘80, Nador deja de producir sus bellísimas pinturas a partir de 1994 (cabe aclarar que era y es muy reconocida en el sistema de arte de Brasil) para retirarse en una especie de autoexilio durante diez años. Al final de este período de reflexión resurge con este proyecto dirigido a la sociedad en una reacción al arte que se quiere inmune ante la realidad circundante. “Una concepción estética realizada con vistas a oponerse a la escisión arte-comunidad. Lugar de encuentro entre arte y vida, estética y política, artista y sociedad”, dirá a su tiempo. O como explica en uno de sus artículos el proyecto: “El *Jamac* tiene como finalidad luchar contra la exclusión social; desarrollar la conciencia crítica y trabajar la noción de ciudadanía de las personas que viven en el barrio Jardim Miriam, constituyéndose como centro de trabajo de arte social, donde artistas interesados puedan desarrollar esa actividad; sacar a las artes plásticas del circuito protegido de ‘las artes’, explorando efectivamente su potencial transformador”. Así, la asociación apunta a esos pequeños, grandes, cambios. Ser un espacio para el entretenimiento, el aprendizaje y la producción, desde una belleza más que para ser mostrada, para ser compartida como soporte de una vida en común.

–¿Existe un hecho puntual que hace que cambies tu visión del arte?

Mónica Nador: –Haciendo una maestría, leí el texto de Douglas Crimp, “El fin de la pintura”. Un escrito que es una paliza para los pintores. A la par fui invitada a realizar un mural en el MAM de San Pablo. Y entonces resolví salir a la calle. Sentí que estaba desperdiciando materiales haciendo pinturas lindas en paredes dentro de un museo para que estuvieran expuestas seis meses y después fueran a un depósito. Sobre todo en un país tan injusto, no tenía mucho sentido.

–¿Cómo llegás a Jardim Miriam?

M.N.: –Fui a trabajar en una asociación del barrio. Me quedaría un año, pero fui despedida a los tres meses, como suele suceder con muchos proyectos aquí. Entonces resolví quedarme trabajando por mi cuenta para fortalecer los lazos que ya empezaban a construirse.



–¿Cómo trabajan puntualmente en el barrio?

M.N.: –Cada caso es especial. Pero generalmente presentamos nuestro trabajo al vecino y le preguntamos si le interesa participar del proyecto. Les damos el material y la orientación para el trabajo que ellos mismos van a desarrollar, ya sea pintar la casa, diseñar y, si es posible, aprender a hacer el stencil. De hecho, los patrones o dibujos surgen de lo que ellos mismos dibujan o eligen, de su entorno, gustos personales, deseos.

–¿Por qué el stencil? ¿Qué posibilidades da como soporte?

M.N.: –Me gusta mucho el grabado y la pintura. Y el stencil no es más que un grabado rudimentario con esa posibilidad maravillosa de la repetición de una imagen millones de veces. Es fácil, barato, bello. Además de superdemocrático.

–Hoy, ¿cuánta gente involucra el proyecto?

M.N.: –Estoy comenzando una acción en otro barrio que me llena de orgullo. Fui convocada para trabajar en el Centro de Desenvolvimento da Habitação Urbana (CDHU), un organismo estatal que trabaja con la vivienda popular. En una reorientación de directrices están reurbanizando villas, en vez de trasladarlas a otros lugares, a casas construidas sin ninguna identidad, por ingenieros que ni siquiera visitan el sitio donde están construyendo. En este nuevo programa me llamaron justamente para reinaugurar el vínculo del morador con su casa, y por consiguiente con su calle, su barrio, responsabilizándose también por su calidad de vida. Da acá del *Jamac* vamos cinco personas, Paulo entre ellas, y ya estamos comenzando el proceso. Pero esperamos poder involucrar al menos a 15 personas más del barrio para poder replicarlo en una segunda etapa en otros lados.

–¿Qué metas tienen a futuro?

M.N.: –El *Jamac* hoy alberga un curso de formación audiovisual sumamente interesante. Más demandas iniciales como una radio comunitaria y una biblioteca, que deseamos concretar. Es un atelier y espacio de reflexión. Ahora estamos estructurando el lugar, lo que implica comprar un espacio y reformarlo. Después de eso, pintar todas las casas posibles, que el proyecto se convierta en política pública para replicarlo y replicarlo. Y así poder transformar el *Jamac* en un centro cultural permanente para el barrio.

–Y vos Paulo, siendo tan joven: ¿qué sentiste la primera vez que saliste a stenciliar con la gente del barrio?

Paulo Meira: –Este acuerdo entre partes, que permite intercambiar informaciones con los vecinos, en un trabajo colectivo, que parte de un proceso, dejando espacio para que las personas se articulen y se expresen sobre su cotidiano, es absolutamente maravilloso para mí. Participo desde el día de su apertura, que fue cuando lo conocí. Genera una sensación tan plena y gratificante dar esa información y conocimientos a personas que no solamente la aplican para ellos sino que ofician de multiplicadores para enseñar el stencil a otros. Así te das cuenta de que cualquier forma de arte puede cambiar de personal a social. Y creo que ahí radica su mayor riqueza.

–Como stencilero, ¿qué ves de positivo en utilizar la técnica de este modo?

P.M.: –El stencil es una técnica fácil de enseñar, totalmente artesanal y que permite resultados muy buenos. Que además puede ser aplicada en varios tipos de soportes como tejido, papel, paredes y también puede ser generadora de ingresos. Así que me parece increíble poder aprovecharla para tantos fines.

Jamac: www.jamac.org.br
Paulo Meira: www.flickr.com/photos/omeira

Paisajes en las primeras postales

POR MATIAS GIGLI

No son exactamente imágenes de arquitectura, pero no son tampoco retratos de paisajes. El pequeño libro escrito y recopilado por Carlos Masotta reúne postales fotográficas del siglo XX y resume una Argentina imaginada y sintetizada en escenas casi idílicas: ríos sobrepasados por puentes o balsas, diques, el Delta con sus muelles y construcciones palafíticas, caminos, playas con sus carpas, lavanderas en el Paraná, panorámicas de ciudades. Son parte de una naturaleza domesticada, situaciones en las que la intervención del hombre dejó su rastro y tocan tangencialmente con la arquitectura. ¿Acaso el Zapato de Capilla del Monte en las Sierras de Córdoba o la ya extinta Piedra Movediza de Tandil no poseen argumentos para entrar en una historia de la arquitectura? La prueba está en que en Tandil siguen extrañando la piedra famosa y hace dos años se realizó un concurso de arquitectura para organizar los senderos y el equipamiento del territorio en donde habitó. El requisito tácito era que la piedra debía ser reconstituida en resina poliéster, sacrilegio para el arquitecto moderno vinculado con la verdad y alejado de la mera escenografía pintoresquista.

Este pequeño libro casi de bolsillo tiene la virtud de reunir lo que antes se encontraba en el Parque Rivadavia y ya casi no queda, viejas postales de viaje, comienzos del turismo masivo en nuestro país. En el prólogo, Masotta resalta que “la fotografía postal ocultó las marcas de violencia sobre el territorio. Aquellas tomas fotográficas reproducidas de a miles en blanco y negro, en sepia o coloreadas con témpera parecieron exagerar en su verosimilitud”. Sin embargo resalta un vacío significativo: no se produjeron series relevantes de postales con paisajes pampeanos. La singularidad mereció un espacio mayor que nuestro paisaje predominante. Posiblemente nadie imaginó que esa pampa también iba a dejar de ser.